

fortunio y en el seno de las mas acerbas adversidades. El mismo Dios fue quien inspiró estos cánticos sagrados, y su pueblo escogido el único cuya poesía tuvo origen en una verdadera inspiracion divina, como lo prueban, con irrecusable evidencia, los oráculos sobre el Mesias, los cuales á medida que se va aproximando el tiempo de su venida, van siendo mas claros, mas precisos, mas circunscritos y explicitos acerca del tiempo y el lugar de su nacimiento, su mision, los hechos de su vida y las maravillas de su muerte y de su resurreccion.

Babilonia, la orgullosa reina del Oriente, tantas veces amenazada de ruina por los Profetas¹, cae á su tiempo vencida por los medos y persas mandados por el enviado de Dios, Ciro, su poderoso caudillo. El azote de la tierra es destruido y hecho añicos, como lo habia predicho *Daniel* al soberbio y criminal Baltasar en el momento mismo de la catástrofe². Los setenta años del cautiverio que habia profetizado Jeremías tocaban ya á su término³. Ciro permite que los cautivos de Babilonia vuelvan á su patria⁴. Únicamente se aprovecharon de esta libertad los judíos mas celosos, y volviéndose en varias columnas, se fijaron principalmente en la tierra de Judá, adorando en su arrepentimiento y alegría los juicios de Dios, cuyo pronóstico leyeron con sorpresa en los mismos libros de Moisés⁵, y el cumplimiento literal en las palabras de Jeremías.

De allí en adelante sostenidos los israelitas por el recuerdo de sus antepasados, dichosos con vivir segun la ley despues de haber estado tanto tiempo separados de ella, llenos de fervor y vivificados en sus esperanzas por las promesas de Daniel, que profetizaba que despues de setenta semanas de años⁶, el *Hijo del hombre*⁷, estableciendo su eterno reino, vendria á destruir el pecado y justificar el género humano, hicieron diversas tentativas para restablecer las instituciones mosáicas, bajo la direccion de *Zorobabel*, de

¹ Isaías, XIII, 14; XXI, 45; XLVIII, 48.

² Dan. v.

³ Jerem. XV, 12; XIX, 10.

⁴ 336. Cf. Esdr. I, 1, etc.

⁵ Nehem. I, 8, 9.

⁶ Nehem. IX.

⁷ Dan. II, 44; VII, 13; XVI, 17.

Esdras y de *Nehemias*, y lograron acabar el segundo templo de Jerusalem (515 antes de Jesucristo¹). *Aggeo* y *Zacarías* habian reanimado su celo por esta reconstruccion de la casa de Dios, anunciándoles que la gloria del segundo templo excederia á la del de Salomon, supuesto que veria al *Deseado de todas las naciones*². Entonces fue cuando los judíos, llenos del sentimiento de sí mismos, hicieron de su nombre el de la nacion entera, y no concedieron sino con gran trabajo la entrada en el templo á los israelitas del Norte de la Galilea y del Oriente á este lado del Jordan, á causa de su mezcla real ó presunta con los Paganos, quedando los samaritanos enteramente excluidos de dicho templo. Protegidos por la Persia, y apoyándose en semejante base de nacionalidad, restablecieron los judíos una forma de gobierno nacional concentrando todo el poder público en el *sumo sacerdote*, que estaba al frente del pueblo, y en el *sanedrín*³, compuesto de setenta miembros, que se le juntaron en Jerusalem para la decision de los negocios importantes. Los individuos del sanedrín eran elegidos de entre todas las tribus, pero principalmente se buscaban en la escuela especial de las personas de este consejo.

Todavía eran impuros é imperfectos los sacrificios que ofrecian los judíos en este templo. Irritado *Malaquías* con su espectáculo, los abomina, y ve en el porvenir el sacrificio puro y sin mancha ofrecido á Jehová, no ya solamente en el templo de Jerusalem, sino en toda la tierra, desde el Occidente á la Aurora, por judíos y paganos⁴; ve que el Mesias es Dios mismo, y predice la venida del nuevo Elías, precursor del Salvador del mundo, cuyos caminos preparará en Judea⁵. En adelante no debia haber ya mas Profetas hasta la llegada del Libertador. La ley mosáica debia bastarle al pueblo judío, y por esto Malaquías cierra la admirable serie de las profecias de la antigua alianza con estas maravillosas palabras: «Acordaos de la ley de Moisés mi siervo; y hé aquí que yo os enviaré el profeta Elías, antes que venga el dia grande y tremendo del Señor, y él

¹ Esdr. I, 1-4; VI, 1, etc.

² Aggeo, II, 8.

³ Númer. XI, 16.

⁴ Malaq. I, 11.

⁵ Malaq. III, 1.

«reunirá el corazón de los padres con sus hijos y el de los hijos á «sus padres.» Es decir, que mostrará á aquellos lo que estos no han podido hacer mas que esperar. Todo habia sido ya dicho y señalado por Dios en la ley y los Profetas para la instruccion de su pueblo. Desde entonces el espíritu de profecía permaneció mudo.

Aun cuando la nueva constitucion política y religiosa de los judíos hubiese sido fundada precisamente por los que mas deseaban vivir conforme á la ley del Señor, poco á poco el espíritu y las formas de la Grecia fueron ganando terreno entre los judíos, y sometieron á su influencia las generaciones, cuyos padres habian tan heroicamente resistido la violenta dominacion de los reinos del Oriente. Al lado de los celadores de la ley aparecian los aficionados á novedades, partidarios de los trajes y costumbres de la Grecia. Desde la conquista de Alejandro (323 antes de Jesucristo), los judíos de la Palestina estuvieron sometidos tan pronto á los Ptolomeos de Egipto, tan pronto á los Seléucidas de Siria. El último de estos, *Antioco Epifanes* (174 antes de Jesucristo), cuyo carácter ambicioso, cruel é impío habia pronosticado Daniel ¹, llevó tan léjos la violencia de sus medidas para montar á la griega á los judíos, que pretendió, contra toda forma legal, imponerles un gran sacerdote, trató de rebeldes á cuantos se le oponian ó manifestaban algun celo por la ley, y, dueño de Jerusalem, mandó quemar los Libros santos, profanar el santuario, y hasta quiso obligar á los judíos á adorar los dioses de la Grecia. Parecia que este Príncipe, ébrio de furor, habia resuelto el aniquilamiento de la nacion con la profanacion de su templo. Mas este atentado, religioso y nacional á la vez, reanimó el celo de los judíos, y los precipitó en una lucha heroica y una oposicion desesperada, en las que dieron admirables pruebas de un espíritu verdaderamente nacional. *Matatías*, de la estirpe sacerdotal de los *Asmoneos*, empezó la insurreccion, jurando que aun cuando todo el pueblo debiera abandonar la ley de sus padres y someterse á las órdenes de Antioco, él, sus hijos y sus hermanos permanecerian fieles á la ley de sus mayores ². Sus cinco hijos fueron los caudillos del

¹ Dan. vii, 8.

² I Macab. ii, 19, 20.

pueblo en la prolongada guerra que tuvo que sostener contra los sirios, y el valor de *Judas Macabeo* y de *Jonatás* llegó á hacer revivir la antigua fama del pueblo de Dios, y le granjeó la admiracion de Esparta y de Roma ¹. Las victorias de esta raza de héroes hicieron declarar al pueblo en su entusiasmo: «Que Simon seria «su caudillo y su soberano pontífice para siempre hasta que apareciese entre ellos el Profeta verdadero ².» *Demetrio*, sucesor de Antioco Epifanes, reconoció á Simon como príncipe independiente, y estuvo Judá en paz mientras vivió este grande hombre, pudiendo todos cultivar sus campos con alegría y sentarse á la sombra de sus higueras. Simon adornó magníficamente el santuario, aumentó el número de los vasos sagrados, extendió las fronteras de su nacion, y su poder y su gloria fueron gratos á los judíos durante el resto de sus dias ³. El soberano pontificado y mas tarde la dignidad real se hicieron, pues, hereditarios en el linaje de los Asmoneos. *Juan Hircano* (135 antes de Jesucristo), sucesor de Simon, aumentó el poder de los judíos, y constituyó el reino de los Asmoneos, mayor y mas floreciente que ninguno de los anteriores de Israel, Saul, David y Salomon. «De esta manera, dice «Bossuet, el pueblo de Dios permaneció siempre en pié en medio «de todas aquellas pruebas, ya castigado, ya sacado de su miseria; Dios prevenia de tal suerte á este pueblo, que es él la mas «convinciente y magnífica prueba de la Providencia divina que gobierna al mundo.» En efecto, la raza de los Asmoneos, tan celosa por la ley de Dios y siempre afortunada en sus empresas, solo fue feliz mientras marchó en el temor del Señor. Hízose, empero, crítica la posicion de Hircano cuando, en la lucha suscitada entre los *Fariseos* y los *Saduceos*, tomó el partido de estos últimos († 107). La lucha de estas dos sectas hizo mas obstinada y desastrosa la larga y sangrienta guerra civil que encendieron, despues de la muerte del primogénito de Hircano, *Aristóbulo* (106), las disensiones de su familia. El partido judío-griego nombró por árbitro á *Pompeyo*, que se hallaba entonces en Asia, y, como de costumbre, el resultado del arbitraje fue la dominacion romana. Pom-

¹ I Macab. xii.

² I Macab. xiv, 41.

³ I Macab. xiv, 4-15.